

LA SOCIALDEMOCRACIA EUROPEA EN EL GOBIERNO... ¿IZQUIERDA O DERECHA?

*AUTOR: Lic. Daniel Rafuls Pineda (Prof. de Teoría Sociopolítica de la
Universidad de la Habana)*

Una pequeña introducción

La socialdemocracia europea ha sido considerada tradicionalmente uno de los pilares básicos sobre los que ha desarrollado toda la historia política del llamado Viejo Continente en particular, y toda la actividad revolucionaria del movimiento de izquierda a nivel internacional. Esta corriente política sin embargo, que en sus orígenes, constituyó un proyecto de transformación social contrapuesto al capitalismo del siglo XIX, durante los últimos años, ha transitado por toda una serie de vicisitudes que, para muchos, cuestionan, definitivamente, su condición de ser, en toda su extensión, una fuerza de izquierda.

Un análisis medianamente profundo de este tipo de cuestionamiento, en los momentos actuales, que no deja de tener un fundamento objetivo en tanto se sustenta en la inestabilidad de la política interna y externa de esa fuerza cuando ha asumido los respectivos gobiernos nacionales, parece ir más allá de una simple valoración coyuntural, y puede responder a causas de carácter estructural y funcional del sistema político que ha condicionado su propia existencia.

Pero aunque resulta claro que con el objetivo de responder a la pregunta que encabeza el presente trabajo, es necesario recordar el contexto social general en que se ha desarrollado el movimiento socialdemócrata, también parece evidente que para alcanzar el mismo propósito, es esencial, asimismo, determinar qué ha sido considerado tradicionalmente de derecha e izquierda en política, y cómo estos términos pueden ser conceptualizados hoy.

La izquierda y la derecha: conceptos tradicionalmente contrapuestos.

Una visión antropológica

Mucho se ha escrito acerca de los términos derecha e izquierda. Pero aun antes de pertenecer al mundo político, esta pareja de contrarios ya formaba parte de la experiencia cotidiana de los hombres y era objeto de investigación antropológica.

A comienzos del siglo XX por ejemplo, el sociólogo Robert Hertz fue el primero en introducir estudios científicos sobre esta pareja simbólica. En sus comportamientos asimétricos largamente analizados después por otros, él confirmaba que: "Al lado derecho se atribuyen los honores, las denominaciones adulatorias, las prerrogativas: él actúa, ordena, toma. Al contrario, el lado izquierdo es despreciado y reducido al rol de humilde auxiliar: él no puede hacer nada solo; ayuda, apuntala, tiene".

Esto lo confirma el mundo bíblico. En sus textos, la mano derecha es el símbolo de la potencia de Dios que se ilustra a través de las grandes acciones de su diestra. Con ella, él golpea al enemigo y libera a su pueblo. Según algunos de sus versículos, cuando el Mesías, que estaba sentado a la diestra de Dios, viniera a juzgar como rey a todo el universo, colocaría a su derecha a los benditos del Padre suyo y a su izquierda a los malvados.

Dentro del Cristianismo, la derecha y la izquierda, por ser conceptos polares, también llegan a ser imágenes del bien y del mal. Ese tipo de religión supone que si los habitantes de Nínive "no saben distinguir entre la mano derecha y la mano izquierda", es porque no conocen la diferencia entre lo justo y lo injusto.

Asimismo, desde hace unos doscientos años, a los términos derecha e izquierda se han asociado conceptos tales como: **pasado-futuro, privado-público, capital-trabajo, autoridad-libertad**. Y esto también confirma lo que argumenta la mayor parte de la literatura etnográfica: la oposición binaria entre derecha e izquierda es concebida como parte de una genérica capacidad humana de clasificar al mundo que nos rodea y de derivar el sentido de las cosas en relación a sus contrarios. Queda abierta así la cuestión de si en los orígenes de esta oposición está un conflicto neurológico o un problema de condicionamiento cultural¹.

Discursos transpolados...

Pero no obstante esta tradicional diferenciación, bien marcada, de campos, donde la siniestra lleva siempre la parte más oscura, hoy se dice, que los conceptos de izquierda y derecha, en su acepción política, han caído en una franca confusión de sus referentes. Para hacerse aceptables a los sectores que antes habían excluido, tanto la izquierda tradicional, como la derecha histórica, han variado sus discursos.

Mientras los líderes de la izquierda, por ejemplo, se esfuerzan por captar a los representantes de los niveles medios y altos del electorado, los partidarios de la derecha, lavan sus textos en una especie de populismo para lograr adeptos entre las capas más pobres y excluidas. Hoy cualquiera con determinado nivel de sensibilidad política, puede observar de qué manera se están traslapando los discursos y en muchos casos se hace muy difícil poder discernir quién está a la diestra de quién.

Esta confusión, sin embargo, en lo político, parece no ser coyuntural, y al mismo tiempo tiene su explicación en la propia historia. Ella muestra que algunos programas de gobierno europeos, llamados de derecha o de izquierda, durante los siglos XX y XXI, han evolucionado casi siempre de manera muy confusa. Ni una ni otra tendencia logra a dotarse permanentemente de contenidos pragmáticos continuos, relativamente estables, y esencialmente diferentes unos de otros.

Algunos antecedentes que cuestionan las diferencias...

En el Viejo Continente por ejemplo, mientras desde el siglo XIX, la izquierda abogaba por el rompimiento de las barreras nacionales para asentar internacionalmente el socialismo, la derecha, defendió posiciones nacionalistas hasta la II Guerra Mundial.

Algunos años después, contrariamente a la lógica de aquellos tiempos, parte de la izquierda de Europa intenta salvar lo que, por suerte, mucho queda de los estados nacionales, y sectores de derecha considerados tradicionales, han abogado por la superación del Estado nacional, creando la Unión Europea (UE).

Pero curiosamente, esa propia organización de carácter multinacional (UE), que fue fundada en 1993 como consecuencia del Tratado de Maastricht, desde sus inicios, también fue apoyada al mismo tiempo por partidos socialdemócratas.

Aunque es conocido que el demócrata cristiano alemán Helmut Kohl (de tendencia conservadora), fue uno de los principales promotores de todas las iniciativas a favor de la unidad de ese continente, también se sabe que ese mismo papel fue jugado por el socialista

¹Para una mayor amplitud en estos análisis introductorios sobre los términos izquierda y derecha, se sugiere profundizar en el texto de José A. Gómez Marín titulado: "Antología de frases de derecha". Madrid. Edit. Libertarias/ Prodhufi 1996.

francés Francois Mitterrand (representante de la llamada izquierda moderada europea), y que el gobierno español, encabezado por el PSOE, por esos años, asimismo fue otro de los 12 miembros de la Comunidad Europea que firmó el nacimiento de la Unión.

También es conocido que el proceso de gestación de la UE, que se comenzó a materializar aún antes, desde 1951, con la creación de la Comunidad Económica del Carbón y del Acero, y especialmente a partir de 1957, con la fundación de la Comunidad Económica Europea (CEE), estuvo aupado desde sus propios orígenes, tanto por partidos de la llamada derecha histórica como por algunos considerados de la izquierda tradicional. No fueron pocas las acciones que por esos años, emprendieron, el Partido Democrático Liberal Alemán (FDP), el Partido Demócrata Cristiano Italiano o el Partido Laborista de los Países Bajos, para alcanzar dicha unidad.

Sin embargo, aunque es cierto que estos aspectos mencionados, nos ayudan a esclarecer el grado de compenetración práctica que ha existido en algunos momentos de la historia entre la socialdemocracia y los partidos conservadores europeos, es conveniente recordar también otros elementos, que contribuirían a matizar aún más su evolución dentro del continente.

Acerca de la llamada ayuda europea a los países subdesarrollados.

Desde hace algunos años, Europa ha iniciado la implementación de toda una serie de llamados programas de ayuda, cuya aplicación en la práctica, podría beneficiar de manera incuestionable a distintos países del mundo subdesarrollado. Pero estas acciones están muy lejos de ser resultado de políticas preferentemente conservadoras, o de iniciativas promovidas por los gobiernos socialdemócratas.

Hoy por ejemplo, según algunos expertos, la UE ya aporta el 55% de la ayuda pública para el desarrollo en el mundo y ha alcanzado hasta el 66% de las subvenciones. También se conocen las donaciones que hizo esa institución, entre 1994 y 1999, a los países árabes del Oriente Próximo, y las asignaciones y créditos otorgados a los estados mediterráneos.

Particularmente importantes han sido los acercamientos que se llevan a cabo hacia países de América Latina a través de negociaciones directas con el MERCOSUR, los estados miembros del Pacto Andino y algunos países por separado. Pero lo más relevante de las últimas gestiones que realiza la UE para establecer relaciones económicas con la llamada periferia, son sin dudas los Acuerdos de Cotonou² que fueron promovidos al mismo tiempo por gobiernos de una u otra denominación partidista.

Como resultado de estos convenios, algunas de esas antiguas colonias europeas, deberían recibir de las reservas de los fondos antiguos, aproximadamente 2 mil millones de euros, cada uno, por un período de siete años, y tendrían a su alcance 9,5 mil millones de euros en los siguientes siete años. A este monto se sumarían los recursos del Banco Europeo de Inversiones, por valor de 1,7 mil millones de euros anuales³

² Mediante estos acuerdos, firmados el 23 de junio del 2000 en la capital de Benin entre 77 antiguas colonias de Asia, África y el Caribe (ACP) y las ex metrópolis de los países de la UE, los países del Grupo ACP recibirían tratamiento preferencial en sus relaciones económicas. De estos, según el convenio inicial, particularmente los 39 países menos desarrollados, tendrían libre acceso al mercado de la UE hasta el 2005 para prácticamente todo tipo de mercancías.

³ Un resumen importante y muy ilustrativo de estos convenios de la UE con países africanos, asiáticos y latinoamericanos, puede ser hallado en la ponencia presentada por el Sr. Edwin Lanc (Ministro Federal retirado y Presidente del Instituto Internacional por la Paz) en la X Conferencia Internacional de Estudios Europeos en La Habana. Octubre del 2003.

A mediados del año 2005 sin embargo, cuando ya se cumplieron cinco años de la firma de esos acuerdos, la situación de miseria de los países ACP, y las actitudes neocolonialistas de muchos de esos gobiernos europeos, no han variado sustancialmente.

A pesar de su firma en el año 2000, el Acuerdo de Cotonou sólo entró en vigor el 1 de abril del 2003, después de grandes dudas y penosas imposiciones por parte de los países del Viejo Continente.

Está aún por ver si el fondo de 13 mil 500 millones de euros que ha asignado la UE a los países ACP hasta el año 2008 (lo que sólo significa un aproximado de 0.30 centavos mensuales para cada uno de los más de 600 millones de habitantes de esas naciones), será suficiente para garantizar el crecimiento económico de esos países y crear condiciones para un intercambio futuro justo. Si se tiene en cuenta que en el 2003, los 15 países que integraban la UE⁴, invirtieron en el sector militar, 144 mil millones de dólares (esto representa 66 veces más de lo que destinan a la cooperación con los ACP o sea 29 dólares en armas por cada habitante de esos países), entonces, esa cifra puede ser considerada de antemano, ridícula.

Hasta el momento, el único y bastante restringido beneficio de que han podido disfrutar los 77 países de ACP, es el régimen de preferencias comerciales no recíprocas. Mediante este, esos países pueden colocar sus plátanos, azúcar, café, la copra o cualquier otro de sus productos básicos, en Europa, hasta el 2008, con una mínima garantía de amparo.

La exigencia más grave de estos acuerdos sin embargo, y que pesa como una Espada de Damocles sobre los mencionados países subdesarrollados, es que los intercambios comerciales, entre ambas partes, se deben liberalizar según los términos de la OMC, y no acorde a los distintos niveles de desarrollo económico de cada estado⁵. Estos pasos han sido dados de esa forma, aun cuando se sabe que todavía no existe un plan de acción que garantice un flujo de recursos equivalentes o superior a la ayuda oficial y al sistema de preferencias que esos países dejarán de percibir. Lo que debe conducirlos al suicidio como estados independientes.

Esta decisión de los países de la UE, que es perfectamente coherente con las posiciones que han defendido los EEUU en sus conversaciones en torno al establecimiento del Área de Libre Comercio para las Américas (ALCA), y que impone una competencia desleal a los países que supuestamente ayudan, o con los que comercian en aparentes condiciones de igualdad, se basa en dos principios esenciales. De un lado en la explotación de mano de obra barata, la especulación monetaria, el comercio de armas y la incautación de bienes patrimoniales (entre múltiples pillajes), y de otro, en el uso, por parte de los opulentos, de sofisticadas tecnologías, en su monopolio casi total sobre la propiedad intelectual, en sus inmensos recursos financieros, y sobre todo, en la invasión cultural que hace pensar a muchos, en el sueño europeo o norteamericano.

Tal manera de concebir la “ayuda” por parte de las naciones ricas, no facilitará cumplir las metas de la ONU de reducir la pobreza, a la mitad, antes del 2015. Así lo manifestó la Unión Africana diez días antes de que el Grupo de los Siete (G-7) reuniera a sus ministros de economía, en febrero del año en curso, para discutir su agenda anual.

⁴ En esa fecha los países que integraban la UE eran sólo 15: Bélgica, Dinamarca, Francia, Alemania, Reino Unido, Grecia, Irlanda, Italia, Luxemburgo, Holanda, Portugal, España, Austria, Finlandia y Suecia. A partir del 1 de mayo del 2004, se produjo otra nueva ampliación con la que entraron a la Unión: Letonia, Lituania, Estonia, Polonia, República Checa, Eslovaquia, Hungría, Eslovenia, Chipre y Malta.

⁵ A partir de septiembre del 2003, la UE, empezó a negociar con los estados que, según su apreciación, estaban preparados a iniciar la ronda (aún cuando se sabe que ninguna de las economías no europeas, ha estado lista).

Aunque es cierto que países como Dinamarca, Holanda, Luxemburgo, Suecia (todos miembros de la UE y el último de ellos con un gobierno socialdemócrata) y Noruega, ya han comenzado a aportar el 0,7 % de su PIB al desarrollo como había sido promulgado por la ONU desde hace más de 34 años, y otros como el Reino Unido y España (con gobiernos encabezados por partidos de izquierda), hacen distintas propuestas para aumentar la ayuda a los países africanos⁶, lo cierto es que el peso fundamental de la contribución financiera y comercial global prometida, no ha sido materializado.

Al hacer sus valoraciones al final del año 2004, el Programa de Naciones Unidas para el desarrollo destacó, que durante la década pasada, como resultado de la globalización, de los 34 países africanos más pobres del Orbe, ninguno obtuvo beneficio social y económico. Más aún, según se señaló, las tasas de los productos nacionales brutos y del producto interno bruto por habitante, marcaban una tendencia general de esa región hacia el retroceso.

La prometida ayuda europea, al mismo tiempo, despierta varias interrogantes: ¿Cómo garantizar el libre acceso de los productos de los países subdesarrollados a Europa, si el comercio y transporte, y sobre todo las organizaciones de compraventa, o están en manos europeas, o siguen dominadas por sociedades multinacionales? ¿Cómo garantizar la libre entrada de esas producciones al mercado europeo, si aún no se ha resuelto el problema de los subsidios (sobre todo agrícolas) que reciben los productos de los países desarrollados, en detrimento de los que producen las naciones pobres?, y finalmente, ¿serán capaces los europeos de sobreponerse a la tradición capitalista, con respecto a las prestaciones e inversiones, y cumplir sus compromisos de ayuda, con los países no desarrollados, aún en aquellas áreas donde no existan proyectos de grandes ganancias para los que aportan el dinero?

Otros estudiosos más suspicaces del tema también se preguntan: ¿Cuál será el objetivo real de la ayuda prometida (si es que esta realmente puede ser llamada de esa forma, y si es que pudiera llegar a concretarse de manera completa alguna vez)? ¿Será verdaderamente convertirlos en países con un alto nivel de vida que permita establecer el comercio en condiciones de igualdad, o resultará una manera más de llevar financiamiento hacia naciones más pobres (por demás sobradamente endeudadas) con el objetivo de crear en sus mercados la capacidad de compra suficiente para recibir los productos mejor elaborados y más caros de los estados desarrollados?.

Todas esas preguntas, que pudieran ser pensadas por simples economistas honestos, se complementan con otras dudas, vinculadas a los condicionamientos, que comparten académicos y políticos de la izquierda más radical: ¿Qué motivación real tendrá el condicionamiento político de la ayuda?, ¿Será verdaderamente el respeto a los derechos humanos, el combate a la corrupción o el fortalecimiento del sistema democrático (argumentos con los que constantemente se está presionando a Cuba), o perseguirá el objetivo oculto de evitar ulteriores transformaciones revolucionarias y de garantizar el control europeo sobre las áreas periféricas?

Es cierto que todos estos cuestionamientos pueden no ser respondidos totalmente por ahora, porque están vinculados a una denominada ayuda que tiene muy pocos años de existencia, pero tampoco es falso que la demora en la ejecución de la ayuda, y la permanente creación de obstáculos para brindarla de una manera justa, ha sido estimulada tanto por los partidos

⁶ En la reunión de los ministros de economía del G-7, que culminó el 5 de febrero del año en curso, el Reino Unido presentó un proyecto para incrementar la ayuda al desarrollo, aportada actualmente, por las naciones ricas a los países africanos que fue rechazado por el subsecretario del tesoro de los EEUU, John Taylor. Asimismo, según datos expuestos en el diario español, El país, del 29 de enero del 2005, la ayuda oficial de España al desarrollo, en el 2008, alcanzará el 0,5% del PIB logrado ese año, que aunque no es la cifra que exige la ONU, al menos duplicará el por ciento dedicado a ese rubro en torno al 0,23% (unos 1 705 millones de euros) logrado en el 2004.

de derecha, como por las fuerzas socialdemócratas que a lo largo de muchos años han ocupado los respectivos gobiernos en Europa.

Hay otra gran preocupación en los pueblos no europeos, que se vincula directamente a la última pregunta formulada arriba. Esta se relaciona con la aparición del llamado Euroejército en el Viejo Continente, y la creación de una Fuerza de Respuesta Rápida que para el 2006 ya contará con unos 6 mil efectivos y con suficiente capacidad logística para mantenerse durante cierto tiempo.

Se teme que esta formación militar, aparentemente alejada de la acción hegemónica de los Estados Unidos, no sea, de manera esencial, el escudo protector de Europa ante una agresión externa, o ante una acción que ponga en peligro la vida de los europeos como tanto se dice, sino una especie de EUROOTAN para garantizar los intereses de esa región en la parte del mundo atrasado, donde están fortaleciendo sus relaciones económicas⁷.

Si se recuerda que de los 19 países miembros de la OTAN que existían hasta el 2004⁸, 17 eran europeos y 11 de ellos de la UE, y que ha habido pocas acciones de esta organización Noratlántica, en los últimos 15 años, donde varios de esos países, no hayan estado involucrados⁹, entonces es de suponer que esas inquietudes no sean infundadas.

Aunque es cierto que tradicionalmente, los primeros 15 países que entraron a la UE, se han mostrado reticentes al uso de la fuerza militar para garantizar el cumplimiento de los tratados internacionales en materia de prohibición de las armas de destrucción masiva (algo que reiteraron en Luxemburgo en junio del 2003¹⁰), tampoco es falso que en la segunda mitad de ese propio año, sus ministros de asuntos exteriores, hicieron una precisión que dejó marcada claramente su verdadera posición en torno a los temas de intervencionismo en los asuntos internos de cada estado.

En esa ocasión, contrariamente a lo dicho antes, ellos acordaron el uso de la fuerza, contra países que o están en posesión de armas de destrucción masiva, o desarrollen programas de armas químicas, nucleares o biológicas. Pero su afirmación de que lo harían sólo con lo que consideran el aval del Consejo de Seguridad de la ONU, como ha demostrado su propia historia, no los exonera de ser vulnerables a las presiones de determinados grupos de interés o a lo que quieran creer o no como pruebas aportadas por los servicios de inteligencia de distintas potencias. Ya lo demostraron en su momento los servicios secretos de Gran Bretaña, Italia y España en contubernio con los de EEUU para justificar el ataque a Irak, o a principios de junio del año en curso, cuando la propia UE junto a Estados Unidos condenaron a Corea del Norte por un supuesto plan de desarrollo de armas nucleares que no ha sido certificado por ninguna institución seria.

⁷ Esto por ejemplo, según se deriva de un cable de PL del 5 de junio del 2003, podría tener mucho que ver con la decisión de los 15 cancilleres miembros de la UE de enviar una fuerza de paz hacia la República Popular del Congo. En esta ocasión, que hubiera sido la primera operación militar de gestión de crisis sin el apoyo de la OTAN, Francia dispondría de 1400 soldados, mientras Bélgica y Gran Bretaña suministrarían otros efectivos, aviones de transporte y personal sanitario.

⁸ A partir de esta fecha otros 7 países se incorporaron a la Alianza: Eslovenia, Eslovaquia, Rumanía, Bulgaria y las ex Repúblicas Bálticas de Estonia, Letonia y Lituania.

⁹ Paradójicamente, cuando una parte importante de los gobiernos europeos integrantes de la OTAN, eran socialdemócratas o formaban coaliciones de gobierno (en Gran Bretaña, Alemania, Dinamarca, Luxemburgo, Portugal y Grecia), ellos, en su mayoría, apoyaron el ataque a Yugoslavia durante el conflicto de Kosovo. Por otro lado, tras la reciente agresión del 2003 por parte de los EEUU y Gran Bretaña a Irak, cuando las fuerzas socialdemócratas ya habían dejado de ser gobierno en la mayoría de esos países, la mayoría de esos gobiernos conservadores rechazaron su participación en la guerra.

¹⁰ En esa ocasión, sus representantes aseguraron que no pensaban recurrir a medidas de “acción militar preventiva” contra naciones “problemáticas” como Irán o Corea del Norte (estos países fueron encuadrados por el Presidente George W. Bush en el “eje del mal”).

Acorde a lo explicado arriba, el hecho de que la gran mayoría de esas acciones, como la supuesta ayuda a los países ACP, también haya sido compartida por las propias fuerzas socialdemócratas europeas que han ocupado en reiteradas ocasiones el gobierno, demuestra, que la corriente socialdemócrata, al menos cuando se hace del gobierno, es capaz de ejecutar programas sustancialmente iguales a los que promueve la derecha tradicional, y que por tanto, existen sobradas razones para que esta pueda ser cuestionada como una fuerza de izquierda.

Asimismo, si bien es cierto que el caso más elocuente de la inconsecuencia programática de la denominada izquierda política, tal vez sea la adhesión de los otrora llamados comunistas (pro estatistas por excelencia) a la economía de mercado, se pueden encontrar otros ejemplos, vinculados a las referidas confusiones entre las tendencias de izquierda y derecha, también muy ilustrativos.

La derecha tradicional y la socialdemocracia luego de la II Guerra Mundial.

En el período de entreguerras, por ejemplo, la corriente dominante del movimiento socialista europeo, más que el bolchevismo, fue la socialdemocracia. Ella contó con un amplio apoyo del electorado europeo que se refugió en una gran cantidad de partidos políticos. Entre ellos, los Partidos Laboristas de Gran Bretaña, los Países Bajos y Noruega recibieron un creciente respaldo de masas, y los Partidos Socialdemócratas de Suecia y Alemania también. En esa misma etapa tuvieron un notable éxito popular los Partidos socialistas de Francia e Italia, el Partido Socialista Obrero Español y el Partido Obrero en Bélgica.

Así, esas organizaciones tomaron posesión del gobierno, aunque de forma interrumpida, en Gran Bretaña y Alemania durante la década de 1920, y en Bélgica, Francia y España en los años 30 bajo la fórmula de Frente Popular.

En ese período, todavía no se relacionaba al socialismo (ni a su variante marxista ni a la socialdemócrata) con la gestión de la economía por parte del Estado y con la expansión del sector público a través de las nacionalizaciones, y la actuación práctica de los gobiernos de derecha y de socialdemócratas no se diferenciaba sustancialmente.

Pero la socialdemocracia europea, que también se autoreconoce y se le identifica como una corriente política esencialmente reformista, asimismo ha sido exitosa en gran parte del continente, durante el resto del siglo XX, y en los primeros años del XXI. Esto se explica, además de otros elementos, por su adhesión a las normas básicas de la democracia liberal.

Este movimiento, tradicionalmente ha aceptado los conceptos de elecciones libres, derechos fundamentales y libertades públicas, de pluralismo político entendido en la acepción esencial de pluripartidismo, y también comparte los llamados principios de soberanía del Parlamento y de división de poderes. Ello le propicia la suficiente "flexibilidad" político-ideológica como para poder formar gobiernos, por lo general en coalición, o recibiendo el apoyo de otros partidos políticos de diferentes orientaciones doctrinarias, incluyendo los menos populares.

Por todo ello, a partir de 1945, los partidos socialistas se convirtieron, en la mayor parte de Europa Occidental, en la principal alternativa frente a los partidos conservadores y democristianos, siendo Suiza y la República de Irlanda las principales excepciones.

En Gran Bretaña por ejemplo, entre 1945 y 1951, la izquierda laborista del Premier Clement Richard Attlee¹¹, ocupó el gobierno y propugnó una fuerte presencia del estado en la economía nacional. En otras naciones como Bélgica y Países Bajos los socialistas alcanzaron algunos de sus objetivos, formando parte de una coalición gubernamental con otros partidos.

Sin embargo, si nos apegamos a la más estricta verdad, a pesar de que las nacionalizaciones han sido relacionadas a menudo con los partidos socialistas, fueron con frecuencia los gobiernos de partidos no socialistas los que más recurrían a ellas. Así ocurrió en Francia (1945-1947), Austria (1945-1947) e Italia (1945-1947 y en la década de 1960).

Por el contrario, un partido socialista triunfante como el Partido Socialdemócrata Sueco, y los socialdemócratas alemanes, no recurrieron a las nacionalizaciones, para ampliar la propiedad estatal. El primero optó por controlar el mercado del trabajo y mantener el pleno empleo. Los segundos, que formaron varios gobiernos de coalición entre 1966 y 1982, se centraron en el desarrollo económico y experimentaron con formas de democracia industrial.

Un rasgo también muy común a los gobiernos europeos de entonces, fue la aplicación de medidas que pasaron a la historia bajo el nombre de Estado de Bienestar Social General¹². Mediante él, en los países del Viejo Continente, independientemente de los respectivos signos políticos de los partidos que ganaran las elecciones presidenciales o parlamentarias, se introdujo la enseñanza y salud gratuitas, y otros amplios beneficios a favor jubilados y demás sectores sociales de bajos recursos.

Pero hasta aquí, si nos percatamos de la similitud entre las reformas sociales que han aplicado históricamente los partidos socialdemócratas en Europa, y las que han promovido los llamados sectores de derecha, cabría preguntarse: ¿Por qué, tradicionalmente, estos partidos han sido calificados, como dos fuerzas políticamente distintas; una de izquierda y la otra de derecha?

Respuestas a esta interrogante pueden haber muchas. Incluso aquellas que relacionan la actuación “benevolente” de la derecha, después de la II Guerra Mundial, exclusivamente, como reacción a las presiones que ejercieron en su momento los sectores sindicales y populares en general, y como consecuencia de la significación moral que tuvo la presencia de las tropas soviéticas en la parte de Europa ocupada por ellos. Pero sin desmeritar el importante papel de las fuerzas revolucionarias en aquellos tiempos, su poder político, no parece haber sido suficiente para lograr esos grandes beneficios sociales.

Hay fundamentos comunes, entre aquella época y los años que actualmente vivimos, que condicionan la coincidencia tradicional entre las prácticas políticas de los gobiernos socialdemócratas y los conservadores.

Otras coincidencias, de los últimos tiempos...

Hoy, pasados ya algunos años, en el continente europeo vuelve a repetirse la paradoja de yuxtaposición de perfiles entre esas dos fuerzas, pero por las tareas que ejecutan en esta

¹¹ Clement Richard Attlee fue líder del Partido Laborista británico desde 1935 hasta 1955. Durante su mandato se nacionalizaron el Banco de Inglaterra, los servicios públicos, los ferrocarriles y la industria minera del carbón, y se creó el Servicio de Salud Pública. Se concedió la independencia a las colonias de la India, Pakistán, Birmania y Ceilán.

¹² Los postulados básicos del estado de Bienestar General descansan en una amplia cobertura a los parámetros de la seguridad social. La gratuidad de estos programas se financia con presupuestos estatales que proceden de los fondos del erario público, que a su vez fueron creados a partir de las imposiciones fiscales con que el Estado grava a los propios ciudadanos.

ocasión, ella se expresa de manera inversa a como se manifestó en los años posteriores a la segunda guerra mundial. Ahora, pese a las enormes presiones contrarias de los sectores populares, son políticas neoliberales las que se aplican y no las tareas vinculadas al otrora Estado de Bienestar Social General.

En España, por ejemplo, entre las medidas promovidas por el ex presidente José M. Aznar, estaban la desnacionalización de los mercados de electricidad y gas, y la desestatización del mercado laboral (que todavía no se ha podido alcanzar) destinado a satisfacer los intereses del empresariado

En Francia, el segundo gobierno derechista de Jacques Chirac¹³, anunció un plan de privatización de 13 importantes empresas públicas (entre ellas, las dedicadas a los servicios de electricidad y gas), dos de las cuales (las empresas eléctricas EDF y la gasística GDF) tienen hoy el 100% de sus capitales en manos del Estado, y dan cobertura laboral a más de 70 mil trabajadores.

En los meses de mayo y junio del 2003 se produjo una oleada de protestas y huelgas que dejaron paralizado al país durante varios días. Los franceses rechazaban una polémica reforma de pensiones que preveía elevar de 37.5 a 40 años los aportes necesarios para que los funcionarios puedan jubilarse a partir del 2008. Esta ley, promovida por ambas cámaras del Parlamento donde la oficialista Unión por la Mayoría Presidencial tenía una aplastante mayoría absoluta, quedó finalmente aprobada el 24 de julio de ese año.

A principios del año en curso, multitudinarias manifestaciones de empleados públicos y maestros han vuelto a tener lugar en Francia, para condenar los recortes del gobierno y exigir la elevación de los salarios. También miles de estudiantes han mostrado su desacuerdo con la reforma de la ley escolar francesa que eleva precios y reduce asignaciones a los planteles docentes. A estas protestas se suman las reacciones de la población en contra de la modificación de la ley de las 35 horas que se ha estado discutiendo en el parlamento, y que en un solo día llegó a producir 120 manifestaciones populares en contra.

En Italia, mientras en el art. 18 del Estatuto de Trabajadores, se prohíbe la cesantía de los empleados de los centros con más de 15 obreros, sin causa justificada, el gobierno de centro derecha de Silvio Berlusconi, continúa con el proceso de privatizaciones y elaboró una reforma laboral que pretende hacer más fácil el despido de los trabajadores.

Estas políticas neoliberales recordadas hasta aquí, con sus características muy propias en cada nación, también han estado presentes en países como Austria, Noruega, Dinamarca y Holanda donde asimismo hoy priman los gobiernos conservadores.

Pero la historia reciente por otro lado enseña, que las políticas de privatización y exclusión social, acometidas por los partidos de derecha, y plasmadas en los objetivos estratégicos que trazó el Consejo Europeo de Lisboa en el 2000, también han sido aplicadas hasta hoy, por gobiernos socialdemócratas, en casi todos los países de la UE. Y es muy posible que si esas medidas no se extendieron y diversificaron de manera más general e inmediata en el entorno europeo del 2002, y hasta este 2005, sea porque en la mayoría de esos países los electores rechazaron en las urnas los proyectos socialdemócratas de entonces, y optaron por otras alternativas.

El voto popular, de los últimos años, por líneas más “duras” de la derecha tradicional e incluso, en algunos casos, por la extrema derecha, sin embargo, no parece ser resultado de

¹³ El tercero, ha sido encabezado por Dominique de Villepin (ex ministro del interior del segundo gobierno) que en junio de este año, tras la grave crisis política derivada del rechazo popular francés a la llamada Constitución Europea, sustituyó a Jean-Pierre Raffarin.

simpatías masivas hacia esas fuerzas, sino de castigo hacia aquellas, que también han llegado reiteradas veces al gobierno y que, tradicionalmente, hemos llamado de izquierda.

Para ser más preciso, es necesario puntualizar que hasta hace sólo poco más de tres años, del grupo de las 15 naciones que integran entonces la UE, trece eran gobernadas, en solitario o mediante coaliciones, por partidos socialdemócratas. Y ahora, en el 2005, sólo quedan cuatro, entre ellas el Partido Laborista de Gran Bretaña, liderado por Anthony Blair, y el partido socialdemócrata alemán, encabezado por el Canciller Federal, Gerhard Schroeder.

El primero de estos partidos, luego de su reciente reelección, sigue los pasos en materia de privatización de sus antecesores, y el otro, a pesar de que volvió a ganar en las elecciones de septiembre del 2002, con un discurso poco comprometido con las políticas tradicionales de su rival social cristiano, entró en el año 2003 totalmente decidido a aplicar las políticas neoliberales de turno.

En la primera semana de marzo de ese año, el Canciller Federal, Gerhard Schroeder, presentó ante el Parlamento su informe titulado "Valentía para la paz, valentía para el cambio" que resume el plan de reformas a ejecutar en todo el país.

Ese documento, que fue considerado el inicio del fin de la seguridad social en Alemania., recoge, entre otros proyectos: recortes del subsidio a los desempleados, las jubilaciones y la salud. En esta última esfera, el gobierno socialdemócrata alemán junto a sus aliados dentro y fuera del parlamento, pretenden suprimir la cobertura del seguro médico obligatorio y cubrir las bajas por maternidad y enfermedades crónicas, con impuestos.

Aunque el caso sueco pudiera ser argüido para demostrar el "antineoliberalismo" de su gobierno socialdemócrata, no podemos olvidar que muchos de sus partidarios, que constituían mayoría en el Parlamento (llamado Riksdag) tras las elecciones de septiembre de 1991, apoyaron las medidas neoliberales que promovió en ese momento el primer ministro y dirigente del Partido Conservador, Carl Bildt¹⁴.

Ese gobierno, como respuesta a la crisis económica que se iniciaba en el país, redujo el 10% del número total de funcionarios, introdujo recortes en los programas de bienestar social, implementó la privatización parcial del sector estatal (desestatización de 35 compañías), en el que se encontraban el de telecomunicaciones y el de electricidad, y puso fin a las restricciones que las empresas privadas extranjeras tenían en Suecia. Esas medidas contribuyeron a elevar el desempleo del 5% en 1991, al 14% en 1994. Y se debe recordar además, que el retorno del socialdemócrata Ingvar Carlsson al gobierno en ese último año, tampoco implicó renacionalizar, lo que en los últimos tres años, se había privatizado.

Algo similar ha ocurrido en los últimos casi dos años con el PSOE liderado por el actual Presidente español, José L. Rodríguez Zapatero.

Aunque su llegada al gobierno, en el 2004, ha marcado una notable diferencia¹⁵ con la política interna y externa del anterior gobierno del Partido Popular encabezado por José María Aznar, la apariencia de hombre honesto y voluntad personal del nuevo Presidente, no lo exonera de haber hecho importantes concesiones a la generación del PSOE manchada con la corrupción, los crímenes políticos y la derechización. Zapatero no ha promovido

¹⁴ El gobierno que encabezó fue una coalición con los centristas, liberales y demócrata cristianos. El sustituyó al socialdemócrata Ingvar Carlsson, que a su vez había reemplazado a Olof Palme tras su asesinato en 1986.

¹⁵ Con su gobierno, iniciado tras los atentados terroristas del 11 de marzo del 2004, se determinó la salida del ejército español de Irak, se regularizó la estancia temporal de más de 700 mil inmigrantes temporales en el país, se modificó la política española hacia América Latina en lo general y hacia Venezuela en particular y se emprendió una reforma educativa que frenó y revirtió parte de la contrarreforma de la derecha. También se ha estimulado el diálogo con la organización separatista vasca ETA.

decididamente ni las reformas para revertir los procesos privatizadores, excluyentes e ilegales de épocas pasadas, ni ha retirado sus tropas de Afganistán (presentes en ese país como parte de la llamada Fuerza Internacional de Seguridad de la OTAN). Tampoco, pese a su apoyo a crear un fondo internacional contra la pobreza, ha sido uno de los más ardientes defensores de esa causa dentro de la UE.

Al parecer, contrariamente a lo que se ha difundido de manera tradicional por muchos medios, ni las políticas de nacionalizaciones y del llamado Estado de Bienestar General (aplicadas por las naciones europeas después de la década del 40 del siglo pasado), respondieron en su momento esencialmente a las presiones populares y a la fuerza del movimiento socialdemócrata, ni las de carácter neoliberal que se han ejecutado en esos mismos países hasta hoy, han sido resultado exclusivo de la debilidad de los movimientos revolucionarios y alternativos europeos.

Esta situación, a todas luces, ha sido consecuencia de una causa mucho más profunda. La misma que aún hoy motiva a las potencias capitalistas a brindar su “ayuda”, con miles de restricciones, a los países del Tercer Mundo, y a crear las condiciones para ejercer un control político y militar omnímodo sobre ellos.

Ello se explica por la urgencia de los sectores transnacionales, económicamente más poderosos, de garantizar y reproducir, permanentemente, sus ganancias, y tiene su muestra más elocuente en la propia historia económica europea y capitalista en general, y particularmente en lo que en el campo teórico y político se llamó Liberalismo..

Acerca de algunas fórmulas económicas históricas, para salir de las grandes crisis.

El liberalismo predominó en los orígenes del capitalismo. Fue la ideología que defendió la no intervención estatal en la economía y se implementó sobre la creencia absoluta en las virtudes de la libre competencia y en el obstáculo que representaba el Estado para el desarrollo económico. Por eso, según esta doctrina, la presencia del Estado debía tener lugar sólo en actividades relacionadas con la seguridad pública y al nivel de ella.

Esta concepción del papel preponderante del mercado en la economía pudo mantenerse durante el siglo XIX y principios del XX, con un escaso peso de la economía estatal en el total de la renta nacional, porque esa fue la etapa de establecimiento de las bases del modo de producción capitalista. Pero el paso del capitalismo de una fase liberal a otra de tipo monopolista provocó una sustancial modificación de la intervención del Estado en la economía y, en consecuencia, la ruina del liberalismo como doctrina económica coherente y operativa.

Aunque durante los años de la Segunda Guerra Mundial, ya se difundían las teorías neoliberales de F. Hayek para promover el crecimiento de la economía capitalista (a través de la limitación de inversiones y de la reducción de mano de obra), la recuperación rápida de esta, en las condiciones de una Europa destruida, no se podía alcanzar utilizando los mismos métodos. En ese entonces, los europeos debían recurrir a una fórmula de estímulo económico que más se ajustara a su caso, y las teorías de crecimiento elaboradas por aquellos años, respondían plenamente a esa expectativa.

Este cambio, estuvo relacionado con la crisis de los años 30 y el desafío que representaba la creciente consolidación de la URSS que los economistas neoclásicos no podían explicar. El aumento del desempleo y la aparición del fascismo también crearon las condiciones para que los grandes partidos de la izquierda europea; socialdemócratas y comunistas; y los

propios partidos conservadores que sobrevivían de la guerra, promovieran la necesidad de políticas económicas y sociales que asimismo beneficiaran la paz.

El representante teórico máximo de esta nueva tendencia fue el británico John M. Keynes que con su "Teoría general del empleo, el interés y el dinero" se convirtió en el economista más influyente de su generación. El propuso atacar las consecuencias de la crisis depresiva que explotó a partir de 1929 (vinculada a la disminución de la demanda), mediante la intervención del Estado en forma de gasto público, no cargado al presupuesto normal, que actuaría no como limitante, sino como complemento de la inversión privada.

Esta nueva reforma del capitalismo, que dio lugar al conocido Estado de Bienestar General, estuvo vigente hasta mediados de los años 70 y promovió una continua expansión del Estado. Otros de sus rasgos más importantes fueron el manejo del déficit público como instrumento de política económica, la regulación del funcionamiento de los mercados, la práctica de políticas de redistribución de ingresos y el combate a la especulación financiera.

La mencionada "fórmula" sin embargo, para sacar a Europa de su crisis de la primera mitad del siglo XX, fue promovida no porque el capitalismo comenzara a tornarse benévolo o viera en el Estado su eterna salvación. Tampoco debido a que no hubiera otras tentativas teóricas de solución¹⁶, sino porque las condiciones ideales de expansión del capitalismo a partir de una economía destruida por la guerra, y la competencia con el naciente mundo socialista, ni exigían, ni permitían entonces fórmulas más radicales y menos populares.

El Plan Marshall, con cuyo nombre se conoce la ley de cooperación económica de los Estados Unidos, del 31 de abril de 1948, constituye otra evidente desacreditación del mito del libre mercado como instrumento de regulación económica. Y esto consiguientemente, se reveló como una muestra más, de la obligatoriedad de los gobiernos de turno (sean conservadores o socialdemócratas) de resaltar el papel del Estado.

Una lectura superficial de su mensaje puede indicar que mediante ese plan, entre 1948 y 1952, sólo se pretendió repartir una ayuda de \$12000 millones de dólares a los países afectados por la guerra con el objetivo de acelerar la reconstrucción de Europa. Pero tal análisis sin dejar de tener un matiz cierto, encubre el temor estadounidense tanto a un descenso en el nivel de su producción nacional, como al caos internacional que generaría la insolvencia europea.

Ese plan norteamericano, así como la propia reconstrucción económica de Japón, que reforzó la importancia de la ayuda monetaria y material a las economías devastadas, demuestran que no hay economía de mercado que funcione, con tendencia al desarrollo, si ese proceso no es encabezado por un Estado sólido capaz de dirigir y controlar eficientemente la economía.

Sin embargo, existen dos condiciones que más tarde crearon un clima favorable al renacimiento de la filosofía liberal del mercado y desfavorable al intervencionismo estatal.

¹⁶ El neoliberalismo, como antecedente teórico del que se concibe hoy, aparece en la década del 40 de ese siglo en la llamada escuela de Friburgo que agrupó a economistas como Walter Eucken, Röpke y Ludwig Erhard. Este experimento doctrinal denominado "Economía Social de Mercado", que surgió en la República Federal Alemana, se opuso al intervencionismo estatal (especialmente en el terreno de la producción), al asociacionismo sindicalista y a la política de pleno empleo conseguida a través de la actuación económica de las instituciones públicas. Esta nueva fórmula, desde entonces, intentó ser una alternativa a los métodos y mentalidad planificadores surgidos después de la II Guerra Mundial, pero no se comenzó a considerar como política económica en Europa hasta los años 70 porque no era posible levantar establemente la economía con esos métodos. Sus primeras aplicaciones se dieron en Alemania sólo a inicios de la década de los 60, cuando el Plan Marshall dejó de surtir sus efectos en ella.

Ellas fueron el derrumbe del socialismo como modelo de acción, y el desprestigio de los paradigmas proclives a la ingeniería social en el mundo occidental, expresados en el llamado Estado de Bienestar.

Las vicisitudes ulteriores de los países socialistas europeos son conocidas. Su estancamiento económico y confrontaciones políticas coincidieron en los años 70 con la crisis del referido Estado Welfare o Benefactor Europeo que tuvo con el “desarrollismo”, una manifestación pálida en varios países latinoamericanos.

Como lo indica el famoso Reporte de la Comisión Trilateral, titulado "La Crisis de la Democracia", de 1975, la bonanza social y económica de que disfrutaban muchos países, entró en una crisis profunda y múltiple: fiscal, administrativa, política y cultural. Los “estados asistenciales” de entonces, perdieron sus capacidad social debido a déficits fiscales inmanejables, finanzas públicas desequilibradas y un aparato burocrático tan oneroso como ineficiente¹⁷.

En lugar de repensar los estados nacionales (tanto los socialistas de la URSS y de Europa Oriental, como los de Bienestar General), la intención fue crear, artificialmente, una voluntad política neoliberal en los distintos países, que permitiera a los sectores económicamente más poderosos, garantizar el crecimiento permanente de sus ganancias.

Para lograr ese objetivo, a partir de los años 50, un grupo de políticos e intelectuales de varios países, encabezados por Walter Lippman y Friedrich Hayek, se dio a la tarea de reclutar a líderes políticos que instrumentasen un nuevo proyecto, que pusiera fin a la intervención estatal en nombre del crecimiento económico.

Estos dos economistas con sus respectivos libros "Camino de la Servidumbre" (1944) y "El mundo comunista y el nuestro" (1959), hicieron una gran "contribución" académica a la vulgarización de la correlación mercado-estado, a través de la profunda apología del capitalismo frente al socialismo.

Para crear una escuela proneoliberal, ellos organizaron en los Alpes Suizos el conocido Grupo de Mont Pélerin, uno de cuyos miembros más destacados, en los años 60, fue Raúl Salinas Lozano, padre del Presidente del mismo nombre que años más tarde implementara una política económica de capitalismo salvaje en México¹⁸.

Sin embargo, fueron Margaret Thatcher en Gran Bretaña y luego Ronald Reagan en Estados Unidos los que abanderaron la gran retirada del Estado del campo de la economía.

Ellos privatizaron casi todo lo que el Estado tenía, e intentaron mostrar a sus empresarios como los agentes del desarrollo económico. Pero su mensaje neoliberal fue una farsa. Muchos ejemplos desmienten ese estandarte. En el occidente desarrollado, las nuevas políticas neoliberales nunca se ejercieron, ni aún hoy, con la despiadada agresividad e intensidad con que se han promovido digamos en América Latina, mucho menos en los estados más desarrollados del momento.

Es conocido que la escuela moderna de pensamiento proteccionista nació en los Estados Unidos, y que Gran Bretaña se lanzó más abiertamente al libre mercado luego de las ventajas que le otorgó un proteccionismo de 150 años.

¹⁷ Visión crítica de la globalidad "Cuadernos de la globalidad". CELAG. México. 1998. p.280

¹⁸ Chomsky N. Educación, Mercado y Democracia. "La Sociedad Global". Casa Editora Abril. Cuba 1997 pp. 9-12.

Como ha explicado sabiamente Noam Chomsky en su libro "Rollback I, II, III": "si hubiera dependido de las fuerzas del mercado... hoy en día en EEUU no habría industria de acero, ni de automóvil, ni mucho menos de sistemas informáticos y productos electrónicos en general. Los partidarios de Reagan se limitaron a cerrar el mercado a la competencia japonesa mientras vertían en él fondos públicos"¹⁹.

Las barreras proteccionistas que defienden los grandes estados, no han dejado de estar presentes aún en la Europa del 2005. En junio de este año por ejemplo, luego de la desaprobación, por parte de los franceses y holandeses, del llamado Tratado Constitucional que pretendía regir los destinos del Viejo Continente, se produjo lo que muchos consideran la mayor crisis política de la UE.

En la Reunión Cumbre celebrada en esa fecha, los líderes políticos de Gran Bretaña, Holanda y Francia, presentaron tres posiciones que dejaron prácticamente en ascuas el propio fundamento esencial de la Unión: la responsabilidad compartida y equilibrada del presupuesto.

Mientras Holanda²⁰ reclamó una reducción de 1500 millones de Euros en sus aportes a las arcas comunitarias, los ingleses (liderados por su primer ministro Anthony Blair), rechazaron discutir acerca del cheque de ayuda por 4000 mil millones de euros que reciben desde 1984²¹ y los franceses, se opusieron a la reducción de los subsidios agrícolas europeos de los cuales son principales beneficiarios hasta el año 2013²²

Otro de los hechos más recientes y que más relevantemente pudieran cuestionar la reverencia al supuesto libre mercado, es la aplicación de la ley antimonopolio a la empresa Microsoft que encabeza todos los programas informáticos en el mundo. Pero si bien es cierto que la llamada "Economía Social de Mercado", en sus orígenes, incitaba teóricamente a eliminar los grandes conglomerados económicos porque podrían ir en detrimento del equilibrio de la "libre" competencia, lo que está verdaderamente probado son dos cosas.

Primero, que con el cambio de la composición técnica del capital desde entonces, lo que se desconcentró fue la producción, y no así la propiedad. Y segundo, que en el conocido Consenso de Washington, donde se expresan las ideas que debían presidir las conversaciones sobre la proyección de la economía global, no hay una sola palabra que indique a las economías nacionales subdesarrolladas, prohibir la concentración de la propiedad en pocas manos. Y esto denota otra clara intención de proteccionismo monopolístico nacional y transnacional.

Aunque la Corte Suprema de los Estados Unidos haya sancionado definitivamente al consorcio de Bill Gates a dividirse en dos y prohibido que existan personas con acciones en ambas partes, la realidad económica internacional parece demostrar que la ventaja actual del magnate de las computadoras para "competir", no está en su monopolio sobre ellas, sino especialmente en su habilidad para especular con las finanzas.

Por otro lado se puede recordar otras muchas ocasiones en que la creación de monopolios gigantescos no provocó sanciones como la que hemos mencionado. Incluso muchos casos ni siquiera llegaron a los tribunales.

¹⁹ Cómo se reparte la torta? Políticas USA al final del milenio. Colección Mas Madera. Editorial Icaria. Barcelona. 1996 pp. 34-35

²⁰ El primero de los seis países contribuyentes netos al presupuesto comunitario.

²¹ El "cheque", es la devolución que Londres recibe desde esa fecha (cuando Gran Bretaña era uno de los tres países mas pobres de los 10 que integraban la Unión), como compensación por el escaso aprovechamiento que ese país hace de las principales políticas comunes, especialmente, la agricultura.

²² Por este concepto, durante el 2005, el país recibirá 5200 millones de euros.

La fusión de McDonnell con la Boeing fue un ejemplo de esa "flexibilidad" del gobierno norteamericano. Pero entonces no había gran competencia nacional porque entre esas dos empresas se dividía el mercado de fabricación de grandes aviones. El peligro estaba en la competencia europea, y la creación del descomunal monopolio era una acción muy propicia para ponderar la economía norteamericana.

Una posición similar se puso de manifiesto el 21 de julio del 2001, con la protesta del gobierno norteamericano ante el veto de la Unión Europea a un intento de fusión de las transnacionales General Electric y Honeywell, que daría a los EEUU supremacía mundial en la fabricación de turbinas para aviones.

El "antidogmatismo" por parte de las autoridades norteamericanas, también ha quedado, demostrado en los últimos años, con el silencio mantenido ante la decisión de la Comisión Federal de Comunicaciones (FCC), del 2 de junio del 2003, de dar mayores posibilidades a los grandes conglomerados de prensa para adquirir y controlar los medios de difusión.

Con este acto, quedó eliminada la norma que prohíbe a una compañía, ser dueña a la vez de un periódico, una estación de televisión, y otra de radio. Esta medida, según advirtieron los directivos de la FCC que se le opusieron, conducirá a la concentración de propiedades en manos de unas pocas empresas poderosas, y consiguientemente, reducirá la diversidad de puntos de vista sobre los más disímiles temas.

Pero la propia Europa tampoco se queda atrás en este empeño. Nada sustancial ha impedido por ejemplo, que tres grupos europeos de defensa (el británico BAE Systems, el franco-germano-español EADS y el galo Thales) pugnen por ganar la supremacía en la producción de armamentos en detrimento de otros complejos armamentistas también oriundos del Viejo Continente.

Estos hechos también demuestran que al parecer, en el caso particular de Microsoft, había fuerzas muy poderosas que querían jugarle una mala pasada. Pero ese es un hecho aislado. Nada, a no ser un planteamiento antisistema, puede atentar contra la tendencia normal del capitalismo a la concentración y centralización del capital. Aquí también se cumple del viejo proverbio de "quien paga, manda".

La estrategia de los poderosos consorcios norteamericanos de ocultar el papel de los grandes subsidios estatales para aparentar la eficiencia del comercio, los ha llevado a continuar profundizando en crear una voluntad artificial en la opinión pública mundial y en los respectivos gobiernos nacionales, que permita nuevamente ver en el libre juego de la oferta y la demanda, la vía fundamental para alcanzar el desarrollo económico. Tal es el objetivo del mencionado Consenso de Washington y del llamado "pensamiento único"²³.

Esta "voluntad", aparentemente no impositiva, quedó cuestionada a partir de hacerse público el hecho de que en el año 1981 (un día después del triunfo electoral de Ronald Reagan), el director de la fundación Heritage, Edwin J. Feulner, entregara a la casa Blanca un documento titulado "Mandato para dirigir" (Mandate for Leadership)²⁴, en el que se insistía

²³ Bajo esa denominación se conoce la "revolución" tatcheriana y reaganiana que se basa en una vuelta más sofisticada al liberalismo de los economistas clásicos en el siglo XVIII. El politólogo francés Ignacio Ramonet definió cuatro características del "pensamiento único": planetario, permanente, inmediato e inmaterial (Ver: Las certidumbres de la crisis mundial. Primer Encuentro Nacional por un pensamiento único. Instituto de Estudios y Formación. CTA. 1999).

²⁴ Dieterich Heinz Globalización, Educación y Democracia en América Latina. "La Sociedad Global" Casa Editora Abril Cuba 1997 p.69

en que los Estados Unidos utilizaran su "ayuda" y poder en la política externa, para obligar a otros países a la privatización masiva de sus empresas públicas.

Esto se convirtió de hecho, en la política oficial del gobierno norteamericano y de las instituciones supranacionales respectivas (el FMI, el Banco Mundial, el Banco Central Europeo y otras entidades financieras). A partir de este principio y hasta hoy, a los gobiernos de los distintos países, sólo les cabe la "libertad" de aceptar qué empresas y servicios privatizar, qué recortes hacer a los gastos sociales y qué tipo de flexibilización laboral aplicar.

Con la interpretación de esta realidad expuesta arriba, resulta ingenuo considerar al "libre" mercado, y dentro de él al neoliberalismo, como el instrumento capaz de garantizar el bienestar de los más disímiles pueblos del Mundo, y mucho menos de los que, lógicamente, hoy se consideran la "periferia".

Es cierto que ese mecanismo contribuye al crecimiento de algunos sectores económicos, pero este se alcanza sólo en detrimento del éxito económico de otros que también podrían beneficiar temporalmente a algún sector social. Además ha quedado demostrado que el crecimiento de la economía en los distintos países (también desarrollados) se hace cada vez más a expensas de la colocación de capitales en la esfera de las finanzas (que es donde mayor ganancias se brinda), y no en la producción material donde originalmente tuvo su éxito.

A pesar de que hay fuerzas de Izquierda que han soñado y siguen soñando con una distribución más justa de la riqueza dentro del actual orden económico, la práctica de las últimas décadas bajo el neoliberalismo, ha inclinado la balanza hacia una distribución todavía más injusta de ella. Y esto es una derivación lógica de lo que, antes de Marx, fue definido por los propios economistas burgueses como intereses de clases. Es lo que hace incompatible el "libre" mercado con las más apremiantes necesidades populares. Por eso, las teorías económicas modernas excluyen las relaciones sociales y políticas del concepto de desarrollo y lo definen en términos de producto interno bruto per cápita.

Dos fuentes teóricas de inspiración del neoliberalismo actual.

Esas teorías, en su variante neoliberal actual, tienen dos claras fuentes de inspiración fundamentales. La primera es la que representa el filósofo inglés Jeremy Bentham, cuya concepción del hombre como homo hominis lupus ("el hombre es el lobo del hombre") y de la sociedad como bellum omnium contra omnes ("guerra de todos contra todos"), heredadas de T. Hobbes, encuentra su expresión utilitarista-mercantil en su obra "Escritos Económicos".

Para el "filósofo de la utilidad", en el curso general de la existencia: "...en todo corazón humano, el interés de la propia consideración predomina sobre todos los demás en conjunto... únicamente por un sentido de interés, por la eventual expectativa de placer o dolor, es como puede ser influida la conducta humana en cualquier caso"²⁵.

El legado del cura-economista Robert Malthus es el otro precedente inspirador. En su "Plan propuesto para la supresión gradual de las leyes de beneficencia", Malthus demanda que la sociedad se libere de "la tiranía, la dependencia, la indolencia y la infelicidad" que engendra la beneficencia pública y le parece que "la justicia y el honor nos obligan a rechazar de la manera más formal todo derecho de los pobres a que se les sostenga"²⁶.

²⁵ Bentham J. Obra citada. FCE. México. 1978 p.3

²⁶ Malthus T.R. Ensayo sobre el principio de la población. Fondo de cultura económica. México. 1986 p.476

Otras reflexiones importantes.

De esta manera, si nos percatamos de que las características de las políticas públicas, en los distintos gobiernos de Europa, no han sido esencialmente diferentes ni después de la Segunda Guerra Mundial, ni aún en los primeros años del siglo XXI, entonces podemos imaginar que, efectivamente, ni los partidos socialdemócratas y conservadores se diferencian de modo sustancial cuando llegan al gobierno, ni sus políticas parecen responder a otra cosa que no sea la conservación de los principios generales que garantizan los ingresos de los grandes capitalistas.

Cuando fue necesario garantizar las ganancias en condiciones de un mercado destruido por la guerra, ellos estimularon el proceso de nacionalizaciones, creando nuevos empleos, elevando los salarios y aumentando los beneficios sociales para propiciar un incremento de la capacidad de compra de las respectivas poblaciones²⁷.

Cuando las fuerzas productivas aún no han sido destruidas y ha sido imprescindible aumentar los beneficios de un mercado europeo y norteamericano deprimidos, se decidió implementar el neoliberalismo; aumentar el desempleo e iniciar la venta de todo lo que sea propiedad del Estado. Algo que mientras ha traído mucho deterioro social hasta en la propia Europa, al mismo tiempo, ha garantizado innumerables ganancias.

Cuando ha resultado vital compensar la depresión de los mercados europeos y norteamericanos a costa de los escasos recursos de los países subdesarrollados, los sectores económicamente dominantes han recurrido a los pequeños préstamos para estimular la capacidad de compra inmediata de estos países y el pago de su deuda externa²⁸, y a la exhortación a privatizar lo que aún quede en manos del Estado. Nada hasta ahora ha demostrado, que a esto no responden los Acuerdos de Cotonou, entre la UE y los países ACP, y los planes estadounidenses de creación del ALCA.

Y no es casual que esas tácticas se ejecuten a través de una gran mayoría de sus gobiernos nacionales como si fueran coincidencias puramente accidentales. Para estas fuerzas, nada democráticas y pretendidamente ocultas que deciden en realidad la profundidad de las políticas públicas, los pueblos respectivos deben seguir entendiendo que las buenas y malas acciones son responsabilidad de los gobiernos de turno, y no de un supuesto poder supranacional del que hablan algunas fuerzas de izquierda.

Ahora, los dueños reales del poder (a través de sus respectivos gobiernos), no apelan al aumento de la capacidad de compra de los pueblos europeos, lo que implicaría hacer mayores inversiones y, consiguientemente, más gastos sociales, sino a la venta de las empresas estatales al sector privado, a la reducción de los salarios a los trabajadores, a la disminución relativa de los impuestos que se ponen a los empresarios más acaudalados, y finalmente, a la limitación de los compromisos del Estado con sus ciudadanos.

No podemos olvidar que los sectores de poder dominantes hoy, a nivel mundial, expresan su voluntad a través de instituciones como el FMI, el Banco Mundial y el Banco Central

²⁷ El hecho de que el llamado Estado de Bienestar General, haya alcanzado beneficios inimaginados para la población en algunos países, no niega que esos “excesos” sí pueden haber sido resultado de las presiones populares y de los avances sociales que enseñaba, al resto del mundo, el socialismo en la URSS.

²⁸ La reciente condonación de la deuda externa de los 18 países mas pobres de África y América Latina, en junio de este año, por parte del G-8, no representa una política distinta a la que hemos hecho referencia. Para los acreedores, los términos del intercambio futuro siguen siendo totalmente desiguales, y por tanto nacerán y crecerán nuevas deudas.

Europeo, y que estas consideran haber prestado suficiente dinero como para que les sea devuelto a mayor o más corto plazo. A sus instancias, ningún país europeo desarrollado ha llegado a la situación límite que les impida efectuar sus respectivos pagos, y consiguientemente, ningún gobierno, está exento de llevar a la práctica, sus correspondientes compromisos con los acreedores.

Volviendo al debate conceptual...

A la altura de este análisis, conviene retomar la conceptualización de los términos izquierda y derecha que esbozamos brevemente arriba. Y resulta muy oportuno recordar al profesor Adolfo Sánchez Vázquez cuando en su artículo “Izquierda y derecha en la política: ¿y en la moral?”, resaltó el elemento distintivo que Norberto Bobbio atribuyó a esos conceptos.

Mientras para el socialista italiano en su obra “Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política”, la igualdad, entendida concretamente como igualdad entre quiénes, en qué cosa y con base a qué criterio, era lo que diferenciaba, sustancialmente, la derecha de la izquierda política, para el filósofo español residente en México, ese criterio había que completarlo con el de libertad.

En su opinión, ser de izquierda, o más exactamente, estar a la izquierda, sigue significando hoy, asumir con un contenido concreto, efectivo, ciertos valores universales (dignidad humana, igualdad, libertad, democracia, solidaridad y derechos humanos) cuya negación retórica o angostamiento, han sido siempre propios de la práctica política de la derecha²⁹.

Otros autores como Carlos M. Vilas³⁰, Frank Álvarez³¹ y el propio Sánchez Vázquez más recientemente, que considera la existencia de al menos cuatro izquierdas³², tienen criterios parecidos sobre esos dos conceptos. Ellos discriminan los elementos de izquierda de los de la derecha a partir de su posición con respecto a lo popular y a lo que puede ser entendido como señales del progreso. Por eso, si bien estos criterios pueden reforzar la idea de que los partidos comunistas y otras fuerzas políticas que luchan contra distintos tipos de exclusión social (aun dentro de los marcos del capitalismo), pueden ser considerados de izquierda, también permiten cuestionar que los gobiernos socialdemócratas europeos y sus pares en América Latina, tan lejos del estímulo real a la igualdad y la libertad, y tan apegados a las necesidades particulares de los principales responsables de la toma de decisiones en cada momento histórico del desarrollo del capitalismo, puedan seguir siendo conceptualizados como una fuerza política de signo esencialmente distinto al que representa la derecha tradicional.

²⁹ Revista Casa de las Ameritas No. 209 Oct-Nov 1997 p.24-25

³⁰ En la apreciación de este autor, “lo popular” es el campo donde coinciden la marginación política y la explotación económica junto a la pobreza. Ver “La izquierda en América Latina: presente y futuro”. Ponencia presentada en el seminario “Alternativas de izquierda al Neoliberalismo”. La Habana: Centro de estudios sobre América. 12-15 de febrero de 1996. p.4

³¹ “Por izquierda asumimos un término referencial, surgido del curso de la práctica política con carácter histórico concreto. Generalmente con él se identifican las fuerzas progresistas y renovadoras, contestatarias del orden establecido, que pretenden renovar determinados valores básicos (ideológicos, políticos, éticos, sociales y económicos) de aquellos sistemas que ya no son representativos del avance, la renovación y el progreso social” Ver: “La izquierda en Europa: situación actual y perspectivas”. Revista de Estudios Europeos Mayo-agosto 2002 p.91

³² “...una izquierda democrática, liberal, burguesa, connatural al sistema capitalista; una izquierda socialdemócrata, que quiere mejorar las condiciones sociales dentro de los marcos de ese mismo sistema; una izquierda social, que es crítica del capitalismo pero no le ve una alternativa, representada sobre todo por los movimientos sociales, y una izquierda socialista, opuesta al capitalismo, que propone una nueva organización de la sociedad” Ver: Diario La Jornada. Política. México D.F. Viernes 23 de enero del 2004.

De ahí se deduce que, si no existe diferencia sustancial entre un gobierno socialdemócrata y otro llamado de derecha, cabría preguntarse: ¿A quién beneficia considerar a la Socialdemocracia, a ultranza, como una fuerza política de izquierda?

Ese criterio, según parece indicar, conviene estratégicamente a los teóricos y políticos que se aferran por demostrar que el sistema democrático liberal da cabida a todas las corrientes políticas. Desde aquellas ubicadas en posiciones más extremas, hasta las más moderadas de derecha, centro e izquierda.

Tácticamente a quien más interesa esta clasificación, es a los propios partidarios de esa corriente política, quienes para llegar al gobierno, tratan de infundir a los electores de sus respectivos países, la imagen de que ella es una fuerza de oposición más progresista y popular que la derecha tradicional, y que por tanto se debe votar por ella.

Pero al mismo tiempo deberíamos preguntarnos: ¿Qué derivaciones político-prácticas trae a los sectores populares antineoliberales, y a los que luchan por el socialismo, considerar ellos mismos a la Socialdemocracia, como una corriente política de izquierda?

En primer lugar, que muchos de esos sectores vean muy lógico y sin cuestionamientos, la necesidad de establecer alianzas prácticas con esa fuerza (aunque sea en minoría en relación a ella), para alcanzar el gobierno, independientemente de las proyecciones tácticas y estratégicas de esta última.

Y en segundo lugar, que una alianza indiscriminada con la Socialdemocracia, que como se explicó arriba, ha mostrado ser hasta ahora una fuerza conservadora, lejos de legitimar a sus aliados como sujetos genuinamente populares, los desacredita.

Esta posición sin embargo no significa, que no se deba reconocer el papel progresista que puedan jugar, en los derroteros de Europa, personalidades como Olof Palme o Willy Brandt, y sí supone que ante el peligro del ascenso de la extrema derecha, o cuando las fuerzas antineoliberales y prosocialismo sean hegemónicas, estas últimas, por intereses tácticos, puedan aceptar la colaboración de los partidos socialdemócratas.

Aunque no todas las fuerzas revolucionarias no socialdemócratas, asumen a esta corriente política como “un respiro” para la derecha tradicional en el gobierno, algunas de ellas, sí se perciben más a la izquierda de su espectro político. Así, desde principios de este siglo, se han proyectado los representantes del movimiento antineoliberal y antiglobalizador que no cuentan con una definida proyección programática ni actúan de acuerdo con los partidos políticos, y cuyas principales acciones no están dirigidas contra los gobiernos nacionales, sino contra los centros del poder capitalista mundial.

En distintas reuniones celebradas por estos también llamados movimientos revolucionarios alternativos, desde las que tuvieron lugar a fines de junio del 2002 y en noviembre del mismo año (en territorio de la antigua RDA y en la ciudad de Florencia, respectivamente), hasta las efectuadas durante los últimos meses, entre otros temas, ellos han demandado la repartición equitativa de las riquezas, un nuevo orden económico mundial, la cancelación de la Deuda Externa de los países subdesarrollados, y la oposición de la UE a la política guerrerista e intervencionista de EEUU.

Este nuevo forum social en Europa, que en su momento formó parte de los acuerdos del Foro de Sao Paulo, también ha tenido como centro de reflexión la crítica al neoliberalismo, al racismo y la xenofobia por un lado, y la defensa de la educación y las culturas nacionales, por otro. Justamente los mismos males sociales que los partidos socialdemócratas tampoco han erradicado en sus respectivos países, y que junto a los reiterados escándalos de corrupción ocurridos en los últimos años, son partes de las propias causas de sus sucesivas derrotas.

Consideraciones Finales

La supuesta actual pérdida de fronteras, entre lo que se conoce tradicionalmente por Socialdemocracia como una fuerza de izquierda, y por partidos conservadores como representantes de la derecha, tiene su causa más profunda en el no seguimiento consecuente de la historia europea, y en el alejamiento inconsciente, o premeditado, de parte de políticos y académicos, de lo que constituyó la fórmula original de diferenciación entre los conceptos políticos Izquierda y Derecha.

Aunque puede haber disímiles criterios sobre esta polémica, lo cierto es que ella parece haber nacido a partir del 28 de agosto de 1789, cuando los diputados a la Asamblea Constituyente en Francia, tomaron sus asientos a ambos lados del Rey.

En esa ocasión, los que se sentaron a la derecha del Monarca, pugnaban a favor del derecho absoluto de veto de este, y consiguientemente, de la conservación del régimen absolutista. Por el contrario, los que se colocaron al lado izquierdo, propugnaron la limitación de ese veto, y la superación de los obstáculos que limitaban el desarrollo del capitalismo.

Esto significa, que si aun hoy se asumiera como derecha, políticamente hablando, la posición que defiende la conservación de un régimen social caduco, y como izquierda, el punto de vista que pondera la expansión de un nuevo sistema social, entonces, se puede reconocer que ser de derecha, en el siglo XXI, implica garantizar a toda costa la conservación del sistema capitalista (como en su momento, los partidarios de régimen feudal, trataron de garantizar la conservación del absolutismo), y ser de izquierda, significa apelar a distintas formas para establecer el socialismo (como en su momento, los que abogaron por la superación del régimen feudal, también actuaron en defensa del capitalismo).

Estas dos maneras de entender las tendencias de izquierda y derecha, sin embargo, aunque son proporcionalmente coherentes con su formulación teórica original (una vinculada a la conservación del viejo sistema político y otra a su superación total), resultan al mismo tiempo mecánicas, y desde el punto de vista político, excluyentes de forma total.

Mecánicas porque esos dos términos son eminentemente referenciales, y lo que en algún momento, bajo determinadas circunstancias, debió haber tenido una significación, en otro momento y en una coyuntura distinta, puede tener otra. Y excluyente desde el punto de vista político, porque coloca en bandos distintos a aquellos sectores sociales que están a favor del socialismo, de aquellos que aún estando a favor del capitalismo, luchan en contra del racismo, la xenofobia, otras formas de discriminación, y las propias actuales políticas neoliberales.

Viendo las cosas de esta forma, a la clasificación ideológica tradicional acerca de lo que ha sido considerado hasta hoy de derecha o de izquierda, en política, se le debe oponer otra clasificación ideológica, que beneficie no tanto a los que hasta ahora les ha convenido que exista la confusión entre esos dos términos, como a los que necesitan saber cuál, realmente, es la diferencia entre uno y otro.

Así, de los muchos elementos que hoy pueden distinguir esos dos conceptos, el núcleo central que separa a uno del otro, parece ser la posición que se adopte frente a las políticas neoliberales. La respuesta que se le de al neoliberalismo, desde fines del siglo XX y a comienzos del XXI, es el rasero principal que hoy divide a las fuerzas del progreso de las de la reacción. Es lo que se expresa, por su composición y proyectos sociales, en lo que actualmente se reconoce como la mayor fuerza de izquierda de carácter internacional a nivel mundial: el Foro Social Mundial de Porto Alegre.

Un análisis de este tipo puede llevarnos por lo tanto a la consideración, de que aunque hoy, la izquierda y la derecha política siguen siendo términos referenciales que responden a momentos históricos concretos, en las nuevas circunstancias, el primero, también debe ser entendido, como una categoría de clasificación que agrupa a una muy amplia variedad de fuerzas políticas, o de carácter tendencialmente político, pero que ahora tienen el interés común de rechazar las políticas neoliberales y las más variadas formas de discriminación actuales.

Este criterio, que reconoce de izquierda tanto a partidos políticos, como a movimientos, y organizaciones de masas y sociales integrantes de la sociedad civil, también comparte la idea de que se puede estar en el bando opuesto al de la derecha tanto si se proponen tácticas de lucha para reformar los males globales del sistema capitalista, como si se pondera la idea de su superación como régimen social.

Por eso, salvando algunas contradicciones que hayan podido tener la socialdemocracia y la llamada derecha tradicional, en Europa, en sus intentos coyunturales por alcanzar los gobiernos, la historia ha demostrado que, desde sus coincidencias tácticas en la creación de condiciones para hacer avanzar el capitalismo de principios del siglo XX, hasta la actual ola de neoliberalismo que se sigue instrumentando en ese continente³³, estas dos corrientes políticas no han aplicado en la práctica políticas sustancialmente distintas.

De esta manera, aunque el presente texto no logre demostrar, que la coincidencia práctica histórica entre las fuerzas socialdemócratas en el gobierno, y las políticas nacionales y transnacionales tradicionales que han ejecutado los partidos conservadores, son un ejemplo de que hace decenas de años esas fuerzas políticas perdieron sus fronteras, estos análisis al menos pudieran indicarnos, que si esa corriente política actúa desde la oposición de una forma, y ya en el gobierno, de otra, es porque o no es, lo que dice ser, o porque es, lo que no dice ser.

³³ Otras coincidencias de ambas fuerzas políticas, pueden ser percibidas en la instrumentación multinacional del Plan Marshall, y en el tratamiento común de rechazo que ellas dieron a la corriente fascista en los tiempos de la Segunda Guerra Mundial, y que continúan dando contra la extrema derecha actual. Esta última, es particularmente fuerte por ejemplo en Austria, liderada por Joerg Haider y en Francia encabezada por Jean Marie Le Pen.